

Maestra Particular

Mamá ya no sabía qué hacer conmigo. Mi boletín estaba más rojo que la camiseta de Independiente. Ese fue el motivo por el que un día decidió mandarme a lo de una maestra particular. La pobre tenía la obligación de meterme en el bocho lo que para la escuela era un imposible. Gabriela, mi maestra de repuesto, era la hija del almacenero, con lo cual entre ejercicio de matemática y un análisis sintáctico le robaba unas palmeritas al mínimo descuido.

Nuestra mesa de estudio estaba adentro del local, disimulada detrás de una pila de latas de galletitas a la izquierda del mostrador del lado donde la máquina de cortar fiambres esperaba hacer su trabajo.

Todas las tardes, después de la siesta, sonaba el timbre insistente del nabo de Sarmiento. La madre lo traía a casa media hora antes de la clase para no llegar tarde a su trabajo, ella tenía miedo de que su bebé anduviera solo por la calle, al menos era lo que entendí que había acordado con mi mamá. Él era un chico de esos que pasan desapercibidos en todos lados, ojos marrones, mofletes colorados, una lamida de vaca en el pelo y la camisita abotonada hasta el último botón. Todas las tardes de aquel espantoso año debí compartir mi clase particular con el bicho más raro que podía encontrarse en un insectario.

A mí ya me empezaban a gustar los chicos, pero los rubios con ojos celestes y más altos, no este mamotreto que me había tocado en suerte. Para colmo de males, el pibe, aparte de feo tenía una mancha de nacimiento, de esas que les salen a los chicos cuando la mamá tiene un antojo y el padre no corre a la frutería a comprar lo que le piden. Mi compañero de clases particulares tenía una frutilla en la palma de la mano que parecía una cucaracha negra recién aplastada. Era una cosa bastante asquerosa que él trataba de ocultar manteniendo la mano cerrada o apoyándola sobre la mesa.

—¡Huy! ¡Mamaaaaa! Ya llegó el nabo de Sarmiento —le gritaba a mi vieja con la intención que me escucharan desde la vereda ante el martilleo agudo del timbre.

Yo no le había puesto ese apelativo porque fuese un chico muy inteligente ni aplicado ni estudioso como Faustino Sarmiento, sino porque era un nabo y vivía a la vuelta, precisamente en la calle Sarmiento.

Jamás se me ocurrió preguntarle el nombre, para mí era el nabo de Sarmiento y listo. No me interesaba en absoluto, caminábamos los cincuenta metros que separaban mi casa del almacén y para mí era lo mismo que caminar al lado del hombre invisible. Me daba mucha bronca cuando Gabriela le ponía un muy bien felicitado en el cuaderno y a mí me llenaba las hojas de cientos de ejercicios de regla de tres simples.

—¡Tenés que seguir practicando Laurita! —me repetía la maestra y yo apretaba mis dientes para que no se me escapara un insulto.

Un año más tarde a papá lo trasladaron a Córdoba y nunca más tuve noticias ni de Gabriela ni del nabo de Sarmiento.

De milagro terminé la primaria gracias a la perseverancia de mi madre y a los aportes de papá a la cooperadora de mi nueva escuela. Aunque no lo crean llegué a recibirme de bachiller y hasta me animé a dar el examen de ingreso en medicina, obviamente solo aprendí cuáles eran los grupos sanguíneos y donde están ubicados los órganos del cuerpo humano.

El tiempo pasó casi sin darme cuenta y decidí que mi futuro estaba en Buenos Aires, por eso con una amiga compartimos un departamento por el centro y arrancamos una nueva vida. A la semana conseguí mi primer empleo en una tienda del Once. El ruso me había contratado para que hiciera la atención al público mientras el zurcía los trabajos que le encargaban las clientas.

Un domingo de invierno tuve la necesidad interior de recorrer de nuevo las calles de mi infancia. Tantas veces había transitado esas baldosas yendo a lo de mi maestra particular que debía experimentar de nuevo esa sensación. Primero llegué a mi casa, estaba distinta, le habían pintado de un color horrible y le habían cambiado la chapa del botón del timbre. Tuve ganas de tocarlo con la insistencia con la que lo hacía el nabo de Sarmiento, pero algo en mí hizo que me arrepintiera de inmediato. Seguí caminando a paso lento, hasta que llegué a lo de Gabriela, el almacén obviamente estaba cerrado, pero me quedé un rato reviviendo todas esas tardes en las que la pobre se rompía el alma tratando de que yo aprendiera algo. Recordé las palmeritas que me morfaban y el zumbido de la máquina de cortar fiambre como una música de fondo.

Volviendo al departamento, agarrada del pasamano del bondi veo a un muchacho que me parecía familiar sentado en el último asiento de uno. Me hizo una seña con la cabeza como para que me acercara y me cedió el asiento sonriéndome. Aparte de cordial, era un chico muy bien parecido, pero él sólo miró para el techo del colectivo y se bajó en un par de paradas, cerca de la avenida Pueyrredón.

Al día siguiente, en sentido contrario, cuando el colectivo estaba lleno como una lata de sardinas, veo al mismo muchacho sentado en un asiento de dos, por esas casualidades del destino, la persona que estaba del lado de la ventanilla se para y él vuelve hacerme una seña con su cabeza y me siento a su lado.

—¡Rogelio! ¿Cómo estás tanto tiempo? ¿Te acordás de mí? —me dice extendiéndome su mano. Al instante pude ver su mancha de nacimiento y pude darme cuenta que ese muchacho que había cambiado como un gusano de seda en una mariposa emperador era el nunca peor recordado nabo de Sarmiento.

A partir de ese encuentro casual empezamos a salir todos los fines de semana, recorriamos todas las pizzerías de la avenida Corrientes y para terminar volvíamos al departamentito que había heredado de la calle Sarmiento donde tuve el mejor sexo de mi vida. Rogelio siempre tenía una lata llena de palmeritas para el café y pasábamos interminables horas jugando al Scrabble donde siempre él era el vencedor. El programa, siempre era igual, cine, pizza, sexo, café con palmeritas y Scrabble, era una rutina, pero a mí me hacía feliz esa predecible secuencia de casilleros de ese juego que cubría todos sus deseos y mis expectativas. Rogelio, había cambiado, ya no era el nabo de Sarmiento, su lamida de vaca ahora era un peinado moderno y juvenil, sus cachetes colorados ahora se cubrían de una incipiente barba de dos días y su camisa abrochada hasta su último botón se transformó en una linda corbata que lo convertía en un galán de telenovela. El departamento era chiquito y daba al aire y luz de un edificio de más de cincuenta años, subíamos las escaleras, nos besábamos en los descansos cargándonos de adrenalina por si algún vecino trasnochado nos sorprendía in fraganti al sacar la basura. Era nuestro ritual y era nuestra forma de sentirnos vivos.

Pero ese fin de semana sabía que la rutina iba a ser distinta, ese Sábado, no íbamos a ir al cine, ese día había conseguido entradas para el teatro, ese Sábado no íbamos a ir a las Cuartetas, íbamos a ir a un restaurante pituco. Yo le había dicho a mi amiga que ese día seguro que algo distinto iba a suceder, que sin duda me iba a pedir matrimonio o al menos me iba a pedir que me fuera a vivir con él a su departamentito de la calle Sarmiento.

Ella me prestó su mejor vestido y me ayudó a maquillarme. Estaba hecha una reina, dispuesta a recibir su mejor propuesta. Fuimos a ver la obra y a la salida ya tenía una reserva en un restaurante cercano al obelisco. El pidió champagne, en vez de cerveza como era habitual. Los dos podíamos ver las luces de los autos avanzar por la avenida, era algo muy romántico. Él

me acariciaba la mano y no me importaba la frutilla que tenía en su palma. Pedimos lo que nos gustaba sin mirar el precio, era nuestra gran noche y no podíamos ir con chiquitas.

Luego del café, Rogelio pidió la cuenta. Sabía que había sido un gasto importante, pero él no se inmuto. Llamó al mozo y le pidió un papel y una birome. En ese restaurante no había servilletas de papel. Se puso a escribir una nota, me quedé muda esperando, sabía que Rogelio no era un chico de muchas palabras y que quizás de forma escrita podía expresar de mejor manera lo que sentía su corazón. Me miró con los ojos que solo pueden verse en las personas enamoradas y me extendió el papelito para que lo leyera.

Con la dificultad de la luz de la vela traté de leer lo que Rogelio me había escrito.

Casi sin pensarlo me vino la imagen de nuestra niñez cuando Gabriela, nuestra maestra particular nos daba ejercicios detrás de la pila de latas de galletitas, a la izquierda del mostrador con el zumbido de fondo de la máquina de cortar fiambre.

La nota decía:

“Si una persona puede vivir en Nueva York durante 10 días con 650 dólares. ¿Cuántos días podrá costearse si solo tiene 500 dólares?”

Como si un rayo del más allá me estuviese prediciendo un futuro inminente, me di cuenta con todo el dolor del alma, que lamentablemente Rogelio seguía siendo aquel nabo de Sarmiento.